



## La velocidad de las uvas

Rafael Courtoisie<sup>1</sup>

El sheriff me echó del pueblo a patadas, mientras me apuntaba con la Colt '45 y se rascaba la inmensa barriga. Amenazó colgarme.

–Si no te vas ahora mismo –dijo– te cuelgo.

Era rudo. Muy rudo. Tenía bigotes y el pelo casi azul debido a la tintura que empleaba para disimular las canas. La estrella dorada en el pecho de la camisa oscura. Botas de cuero de serpiente pálida.

Me pateó el trasero. Rodé dos veces sobre el barro, resbalé en la bosta, sentí vergüenza y fiebre y nada me dolió salvo las risas de las mujeres de polleras indistintas, largas, y el salivazo espeso del barbero que estalló en mi rostro cuando me levantaba.

Juré volver.

–No vuelvas –dijo el sheriff.

Juré que lo haría.

Era un día de sol. Había algunas nubes bajas en el borde del cielo, sostenidas por algunos árboles que parecían manos de un esqueleto, de tan finos y blancos que estaban, de uñas largas, ramas que se aguzaban para arañar el horizonte y alcanzar la luz.

Entré en el desierto. Vi un bisonte agonizante del tamaño de un barco con la lengua afuera, gris y echado sobre una duna. Vi una serpiente de cascabel, vi un pelo de la sombra que avanzaba y al tiempo me di cuenta de que era mi propia sombra, era mi cuerpo bajo la luz del sol que proyectaba esa línea errante.

Tuve sed.

<sup>1</sup> Rafael Courtoisie (Montevideo, 1958), profesor universitario, narrador, poeta y ensayista reconocido internacionalmente. En narrativa ha publicado la trilogía de relatos integrada por *El mar interior* (Montevideo, 1990) *El mar rojo* (Montevideo, 1991) y *El mar de la tranquilidad* (Montevideo, 1995); *Cadáveres exquisitos* (Buenos Aires, 1995); *El constructor de sirenas* (México, 1995); *Vida de perro* (Montevideo, 1997); *Agua imposible* (Montevideo, 1998); *Tajos* (Montevideo, 1999 (2° edición Ed. Lengua de Trapo, Madrid, 2000); *Caras extrañas* (Madrid, 2001); *Goma de mascar* (Madrid, 2008). En poesía han aparecido, entre otros, *Contrabando de auroras* (Montevideo, 1977), *Tiro de gracia* (Montevideo, 1981), *Orden de cosas* (Montevideo, 1986), *Cambio de estado* (Montevideo, 1990), *Textura* (México, 1992; Montevideo, 1994), *poetry is crime* (Québec, Canadá, 1994), la antología *Instrucciones para leer ceniza* (Bogotá, Colombia, 1994), *Las jaulas de la paciencia* (Bogotá, 1995); *Parva* (Barcelona, 1996), *Estado sólido* (Madrid, 1996); *Umbria* (Caracas, 1999) o *Amador* (Barcelona, 2005) También ha publicado trabajos críticos sobre literatura y ensayos en el área de Ciencias de la Comunicación. Ha recibido varios premios literarios nacionales e internacionales. **Contacto:** rcourt@adinet.com.uy.



El desierto es mudo y transparente. Alcanza un día para confirmarlo. Las voces se ahogan en la arena, los huesos se cubren de polvo dulce, aserrín de hueso fino. Las palabras matan.

Tuve la alegría de un pez cuando vi el agua. Era un ojo y metí la cabeza. Bebí y llené la cantimplora.

Volví al pueblo durante la noche. Entré en una casa como la frescura. Degollé a una mujer y a un hombre dormidos.

En la casa había una pistola y un rifle. Los tomé y también me llevé las municiones. Antes de irme descubrí sobre la mesa un pastel de manzana. Estaba intacto y lo comí. Preparé café y encendí un farol en cuyo círculo de luz murieron durante mi estadía grandes mariposas pardas.

El barbero estaba durmiendo en el segundo piso. El cilindro de espiral rojo de la puerta de la peluquería estaba inmóvil. El indio de madera, con los ojos abiertos, tenía olor a tabaco y las manos llenas de cigarros gruesos como dedos. La puerta del local se mantenía cerrada pero no me costó demasiado trabajo hundir la cerradura en la madera hasta hacerla ceder en silencio.

Subí al piso encima de la barbería, y me planté cerca del lecho donde roncaba el hombre calvo.

–Barbero –ordené– despierte.

–Barbero –para que me viera.

A la tercera vez abrió los ojos. Me miró mudo. Esperé a que saliera por completo del sueño, a que me reconociera, y escupí:

–Soy yo.

Con la navaja de afeitarse.

Ahora le tocaba al sheriff.

Era un hombre grueso y recordé al bisonte. Dormía en camiseta y calzoncillos largos, pero en la noche parecía un animal jocundo, una especie de bestia rumbera.

Roncaba por la nariz, hinchaba el pecho. La mujer dormía a su lado y tenía una boca irregular donde los dientes, sorprendidos por la noche, habían desaparecido. Del lado de ella, sobre una pequeña mesa, descansaba un libro y un vaso de leche a medio tomar. Del lado de él dormía el revólver muy cerca de las cinco puntas de la estrella.



-Comisario- grité, y despertaron los dos.

La mujer abrió las encías.

-Comisario -hablé- ¿Me va a colgar?

Me miró con la cara redonda, en la piel le asomaban las puntas blancas de la barba del día siguiente. Los ojos como huevos.

- ¿Me va a colgar? -repetí.

Alzó la mano sobre el pecho y lo maté de un golpe. La viuda no creyó en sus ojos, pero después se incorporó en la cama, sobre la forma física del bulto, y comenzó a llorar.

En la noche del pueblo había un aroma que no pude reconocer. Me acerqué a una verja y sobre un manojo de alambres vi la parra. El cuerpo retorcido, unilátero del tronco se abrazaba al poste, y las ramas jóvenes se abrían en lo alto con pequeños racimos caprichosos. Las frutas todavía no habían madurado y tenían el tamaño de semillas de limón. Estaban apretadas en un murmullo verde.

En el piso había un barril. Y más allá la lengua de un arado roto.

Los zarcillos de la planta rodeaban la conciencia, la sombra se veía distinta suspendida en el aire de la muerte.

Las frutas tardarían un mes más, por lo menos, en madurar. El propietario haría vino dulce, agregaría azúcar y alcohol al mosto violeta en el barril de madera, mataría las mosquitas que invaden el olor del hollejo podrido y comen la carne de la pulpa.

En una fiesta alguien se iba a emborrachar con mi presentimiento. Pero ahora las hojas iban lentas, arrastraban la porción de viento que les correspondía. Eran hojas nervadas, más pesadas que la luz, y estaban a dos metros del suelo. Pesaban más que las uvas, cuya piel disuelta en la tierra todavía no estaba pronta.

Nadie gritó. Pero al día siguiente los hombres insultarían a mi madre y las mujeres de polleras largas se acordarían de mi cara como si las hubiera amado, como si aún permaneciera dentro de ellas. Una en particular se acordaría de mí a lo lejos, antes del próximo atardecer.

Robé una yegua negra y huí a California.